

MUJERES Y MADRE: ENTRE LO IMPOSIBLE Y LO SAGRADO

Angela María Jaramillo

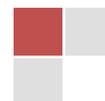
Este escrito surge de la lectura de dos textos freudianos: Tótem y tabú y Moisés y la religión monoteísta.

Es el resultado de una pregunta que guió dicha lectura: ¿Cuál es la posición y la presencia de las mujeres en el nacimiento, consolidación y mantenimiento de la cultura?

Dar una respuesta a esta cuestión desde los textos señalados, supone ciertas dificultades porque respecto a las mujeres Freud no despliega el mismo detalle y detenimiento que demuestra cuando se ocupa del padre y los varones.

En la teoría freudiana es posible discernir tres dimensiones de la mujer, cada una de ellas impactando y participando de diversa forma en la cultura y en la organización social. Estas tres dimensiones son: como madre, como objeto competido entre varones y la mujer en la relación de pareja. En tanto madre, la mujer se hace inaccesible y con ello introduce una prohibición inaugural que hace posible la cultura; la mujer como objeto competido por los varones, supone la construcción de un orden social que regule las relaciones entre ellos planteando así las condiciones de acceso a éstas. De esta forma, la mujer como madre y como objeto competido, favorece el surgimiento de la cultura y su mantenimiento. Pero cuando la mujer se coloca como sujeto que plantea exigencias libidinales en la relación de pareja, Freud le adscribe una actitud hostil hacia la cultura que hizo posible. Encontramos entonces una aparente contradicción en lo que compete a la relación de la mujer con la cultura.

Para comprender la lógica y las causas de estas formulaciones freudianas, es necesario revisar las coordenadas que sitúan a la mujer en estas posiciones.



La condición de mujer y madre, así como la sexualidad humana con las características que le son propias y que la diferencian de la animal, no son aspectos que se hallen en el orden natural. Estas condiciones son una conquista del significante en la forma de prohibición. Antes de que la prohibición se instituya, existe la hembra y el macho y el acoplamiento sexual regulado por ritmos naturales y por la violencia del macho más fuerte que impedía a los demás el acceso a las hembras, a las que consideraba su exclusiva propiedad. Esta situación conduce a su asesinato. Este asesinato no carece de consecuencias. El macho violentamente eliminado retorna imponiendo su voluntad como prohibiciones. De esta manera, la exigencia de sustraerse a la satisfacción sexual que imponía a los demás machos y cuya transgresión castigaba con el exilio, la muerte o la castración, se transforma, tras su asesinato, en mandamiento, voluntad sagrada que debe ser respetada.

Luego de la eliminación del macho dominante, surge el totemismo. El tótem, según el planteamiento freudiano, es un representante de este macho eliminado. El totemismo implicó dos prohibiciones: la de matar al animal totémico y la de acceder sexualmente a la madre y hermanas. De esta manera, el retorno del padre en la forma de sistema totémico, implica unas obligaciones morales y unas prohibiciones. El macho asesinado se transforma en un padre cuya palabra prohíbe. Con esta transformación surge una dimensión del padre esencial para la organización humana. El padre es ahora aquellos significantes que regulan y reglan.

Este retorno del macho asesinado en la forma de prohibición, transformará radicalmente la posición de los machos y la significación de las hembras. Estos constituyen un clan de hermanos cuyas relaciones empiezan a ser reguladas. La fuerza y la violencia son reemplazadas por la primera forma del derecho. Correlativamente advienen la madre y las hermanas como objetos inaccesibles sexualmente. De esta manera, se puede comprender cómo la prohibición instituida por un padre muerto, permite la emergencia de la condición de hermandad, así como la transformación de las hembras en mujeres inalcanzables sexualmente, consecuencia que impacta la sexualidad humanizándola al introducir en ella

regulaciones, imprimiéndole sus características particulares y distanciándola de la sexualidad animal. Es por esto por lo que se puede afirmar que cuando la prohibición toma como su escenario a la sexualidad, la vuelve significativa, haciendo posible el desplazamiento del apareamiento a la relación sexual.

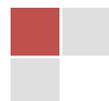
De otro lado, en el instante mítico en que el macho asesinado retorna como prohibición, se instituye la madre como un objeto inaccesible. Esta dimensión de la madre no existía antes del advenimiento del padre como palabra que prohíbe. En la época primordial, existían las hembras como propiedades exclusivas de un macho, prerrogativa que defendía con la fuerza.

Con la instalación de la prohibición, en la hembra exclusiva del macho, descubren los varones una madre que se inscribe como un objeto, al mismo tiempo inaccesible y anhelado, característica que la eterniza en el orden del deseo, razón por la cual a este objeto jamás se quiere renunciar.

Esto nos permite comprender porque toda elección de objeto se efectúa teniendo como causa la imago de la madre, lo que nos indica además, que la prohibición no aniquila el deseo, sino que lo coloca en un lugar de imposibilidad.

El deseo persistente por la madre imposible, entra en escena en cada elección de objeto, lo que convierte las elecciones en intentos siempre fallidos, por recuperar un objeto prohibido porque pertenece legítimamente a otro. Esta búsqueda infructuosa ya no se hará en la vertiente de la violencia - propia de la dinámica de la horda primordial- sino mediante el don de amor.

En este sentido, todo objeto elegido hace metáfora de uno imposible, vacío esencial que inaugura una serie. Padre y madre deben configurarse entonces, como vacíos para que el sujeto de la cultura y el deseo advenga. Sin embargo, el vacío que cada uno de ellos introduce implica diversas connotaciones. El padre instituye un vacío al ser imposible



ocupar su lugar, vacío que no es equivalente a la nada porque es el lugar de los significantes ordenadores de la vida humana , haciendo posible la convivencia reglada, por cuanto configuran la ética y la ley. Este vacío que hace posible el padre compete al goce, porque al devenir como significante y ley inaugura para el sujeto un vacío de goce. El vacío que introduce la madre implica al objeto.

La prohibición del incesto no sólo hace irrealizable el deseo por la madre y hermanas al constituir las en objetos inaccesibles, sino que además las sacraliza. Tenemos así, por un lado, la madre sacra, objeto de culto, y por el otro, el padre respetado, no por lo que es sino por lo que representa.

Para comprender por qué la madre se sacraliza es necesario considerar que Freud vincula lo sagrado con la voluntad del padre muerto, voluntad que bajo la forma de prohibición, lo sustituye y lo prolonga; pero también, lo sagrado supone lo ilícito de tocar. En lo concerniente a la prohibición del incesto, el carácter de sagrado no sólo compete a la prohibición como tal, sino que además se dimensiona a los objetos sobre los que ésta recae. De esta manera, el objeto sagrado es aquel que pertenece al padre, pertenencia que implica que el padre puede gozar de un objeto que como tal, le resulta prohibido al hijo. El objeto madre es sagrado para el hijo. Pero no toda ella es sagrada en tanto si es apreciada como objeto por el padre también se inscribirá en el hijo como gozando en algún sentido. Esta es la vertiente transgresora de la imago del padre en lo concerniente a la prohibición primordial, dimensión que ocasionará en el inconsciente diversas resonancias.

Este contexto nos permite introducir una pregunta: **¿Por qué no existe inicialmente una prohibición referida al incesto entre padre e hija?** En este sentido, Freud anota:

"Es interesante poner de relieve que las primeras limitaciones producidas por la introducción de clases matrimoniales les afectaron la libertad sexual a la generación más joven, vale decir,

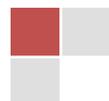
previnieron el incesto entre hermano y hermana y entre los hijos varones con su madre, mientras que el incesto entre padre e hija fue evitado sólo más tarde mediante una extensión" (1)

Esta ausencia de interdicción en la relación padre/ hija, produce sus efectos sintomáticos. Para verificarlos se encuentran las mujeres histéricas que permiten a Freud el descubrimiento del inconsciente. Tras sus síntomas se encuentran, persistentemente, fantasías en las que eran objeto de seducción por parte del padre. Este hecho, que no es tan común en la fantasía del varón respecto a la madre, parece constatar que existe una dimensión del padre en la que una porción de su goce no es regulado por la ley que él mismo instituye, goce que se traduce en síntomas en el sujeto y en la civilización en general. El padre no es entonces todo significativo. Se verifica entonces, que padre y madre, además de inscribirse como vacíos, también lo hacen como un no-todo, un no-todo significativo del lado del padre y un no-todo sacra del lado de la madre. Este no-todo lo introduce el goce.

Hemos visto de qué manera la madre, en tanto objeto imposible, introduce una dimensión esencial para la articulación del sujeto al orden del deseo y la cultura; pero además se la encuentra, en una posición particular respecto al padre en el proceso que Freud describe y que culmina con la construcción cultural. En este sentido se pueden localizar varios señalamientos de Freud en Tótem y Tabú y en el Moisés.

Una dimensión del amor materno la introduce Freud en una cita que elige de Atkinson:

"Atkinson halla una transición menos violenta desde la horda primordial hasta el estadio social siguiente, en que numerosos varones conviven en pacífica comunidad. En su concepción, el amor de la madre consigue que al comienzo sólo los más jóvenes, pero luego también otros hijos varones, permanezcan en la horda, a cambio de lo cual estos individuos tolerados reconozcan el privilegio sexual del padre en la forma de abstinencia por ellos practicada respecto de la madre y las hermanas" (2).



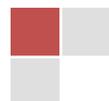
Esta anotación que Freud reseña de Atkinson indica que, en la dinámica violenta que caracterizaba a la horda primitiva, el amor materno podía atemperar al macho dominante al sustraerse como objeto de satisfacción del hijo y reconocerse como objeto exclusivo del padre. El hijo varón renuncia a la madre, no sólo como efecto de una prohibición expresa venida de un padre simbólico, aspecto inexistente en el tiempo mítico de la horda, también parece requerirse que la madre reconozca el privilegio de este padre sobre ella y que así lo transmita al hijo. Para que se haga eficaz la prohibición del incesto es indispensable entonces que la madre se abstenga respecto al hijo, haciéndose portadora y transmisora de la voluntad del padre.

De otro lado un aspecto singular de las anotaciones que Freud consigna sobre la madre es que ésta aparece como un momento previo al padre en dos dimensiones:

- En la organización social.
- En la religión.

Respecto a la organización social, Freud consigna que antes de instituirse el patriarcado, existe un período regulado por el derecho materno. El matriarcado se establece luego de que el macho primordial es eliminado. Durante este período, el padre se hace presente como memoria. La madre no sustituye al padre, por el contrario, se hace guardiana de su memoria conservando el lugar del padre como un vacío y favoreciendo con ello la añoranza del padre, resorte fundamental de la formación religiosa.

Cuando el derecho materno es relevado por el régimen patriarcal, los nuevos padres nunca alcanzan la omnipotencia del padre de la horda. Convivían en asociaciones mayores que la antigua horda, tenían que tolerarse entre sí, se regulaban por estatutos sociales. Así pues, el matriarcado favorece que las relaciones entre los varones se atemperen cuando resurge el patriarcado.



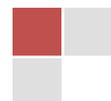
En lo que concierne al aspecto religioso, la madre se erige como divinidad en un período previo al advenimiento del padre como dios humanizado. La deidad materna no se instituye como sustitución del padre eliminado, sino como garantía del vacío que deja. Se redobra así en el aspecto religioso una característica presente en el matriarcado: la madre no sustituye al padre, por el contrario, lo sostiene como un más allá legislativo que le sirve de soporte en sus actos.

El proceso que conduce a que se instituya a la madre como deidad, no es explícito en los textos freudianos reseñados. Lo que sí parece claro es que la presencia de la madre como deidad no supone el asesinato de ésta y su posterior retorno endiosado por el sentimiento de culpa del varón. Se puede deducir de ello que la relación afectiva del hijo varón con la madre comporta características diversas a las implicadas en su relación con el padre. Lo que se puede comprender si se considera que para el hijo varón la madre posee un estatuto distinto al que posee el padre. El padre es un rival que obstaculiza y prohíbe la satisfacción sexual. A la madre se aspira como objeto de deseo.

Pero la madre no es la única dimensión de la mujer que se pone en escena en el proceso que conduce a la construcción cultural y a su mantenimiento. La mujer como objeto competido entre los varones también hace una contribución de consecuencias decisivas.

Tras la prohibición del incesto, Freud discierne no sólo el acatamiento de la voluntad del padre, sino también un poderoso motivo práctico. Los varones eran rivales entre sí respecto a las mujeres tras la eliminación del padre; cada uno habría querido tenerlas a todas para sí, lo que inevitablemente los conduciría a luchas poniendo en peligro la organización social conquistada. Si querían vivir juntos, no les quedaba otra alternativa que renunciar todos al mismo tiempo a las mujeres por ellos anheladas.

El deseo del hombre por la mujer, que inicialmente causó la eliminación del macho primordial, pone igualmente en riesgo el orden social que se produce como efecto de su



asesinato. Parece además insoportable para el varón, el hecho de que otro tenga pleno y exclusivo derecho sobre las mujeres. No es insensato deducir que el deseo por la mujer y la hostilidad que desencadena en los varones la exclusividad de otro sobre ellas, es lo que conduce al acto que da inicio a la cultura, la ley, la ética y la religión. Es significativo y decisivo el lugar que tiene la mujer en la emergencia y consolidación del orden social.

Se puede comprender así que en los desarrollos que Freud propone para dar explicación a la emergencia y consolidación de la cultura, las mujeres se encuentran en una lógica distinta a la de los varones, lo que implica asimismo posiciones diversas. No es por la vía de la culpa, vertiente presente en el varón, como ellas participan de la institución del padre como significante que regula; su intervención se efectúa como objetos inaccesibles que causan conflicto o como madres que preservan y transmiten la palabra y la voluntad del padre simbólico.

Sin embargo, es posible discernir otra dimensión de la mujer que, en este contexto, introduzco como pregunta: **En la cultura, ¿cuál es el lugar y la posición de la mujer como sujeto deseante?** En esta dirección se encuentra una precisa anotación de Freud en El malestar de la cultura:

"... las mujeres, las mismas que por los reclamos de su amor habían establecido inicialmente el fundamento de la cultura, pronto entran en oposición con ella y despliegan su influjo de retardo y reserva. Ellas subrogan los intereses de la familia y de la vida sexual; el trabajo de cultura se ha ido convirtiendo cada vez más en asunto de los varones, a quienes plantea tareas de creciente dificultad, constriéndolos a sublimaciones pulsionales a cuya altura las mujeres no han llegado. Puesto que el ser humano no dispone de cantidades ilimitadas de energía psíquica, tiene que dar trámite a sus tareas mediante una adecuada distribución de la libido. Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y la vida sexual; la permanente convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlo de sus tareas de esposo y padre. De tal

suerte, la mujer se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella" (3)

Una dimensión distinta a la de madre prohibida y objeto competido se revela en esta afirmación freudiana, dimensión que además opone a la mujer a la cultura que contribuyó a instituir. En esta dimensión se halla orientada la mujer a un hombre, ya no como madre ni como objeto que causa conflicto por ser competido por otros hombres. Su posición parece estar más cercana a la de un sujeto que exige ser objeto amado y deseado, planteando exigencias libidinales a las que su pareja no puede responder en medida suficiente por tener que destinar parte de su libido a lo que Freud llama tarea cultural, lo que conduce a un relegamiento de la mujer y la vida sexual. Se introduce además, una diferencia radical en la posición del hombre y la mujer en la relación de pareja. Según esta anotación freudiana, la mujer se centra en la familia y la vida sexual; el centro del hombre es la cultura y las relaciones con otros hombres. Esta disparidad en las posiciones del uno y la otra inevitablemente conduce a un desencuentro en la relación de pareja.

Así pues, la mujer en tanto madre y objeto competido, ofrece rendimientos a la cultura, pero en cuanto se coloca como sujeto sexualizado y deseante, dice Freud, se constituye en su opositora. Sería necesario indagar si este planteamiento puede ser sostenido actualmente, cuando hombres y mujeres participan en la esfera cultural en todos los ámbitos que a ésta competen. Lo que sí parece cierto, es que la hostilidad de la mujer se orienta a todo aquello que le hace competencia frente al ser que ama y desea.

Quedan pendientes, algunos interrogantes. Puedo señalar los siguientes:

- ¿Cómo se articula la mujer al orden del deseo y la cultura?
- ¿Qué presencia tiene en ella la culpa y con ocasión de qué se introduce?
- ¿Qué características particularizan la relación de la mujer con el padre y la madre?

- ¿Cómo se introducen en las mujeres los vacíos fundamentales referidos al goce y al objeto?

Esta última interrogación posee un carácter esencial en tanto, como se constata en el caso del varón, son los vacíos instituidos por padre y madre los que hacen posible el advenimiento del sujeto cultural y de deseo. Sin embargo, no parece existir, en el caso de las mujeres, un paralelismo con el varón en este sentido, conclusión que se puede extraer después de constatar su particular posición en lo que a la construcción cultural se refiere.

Notas

1. FREUD, Sigmund. *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1.979. Tomo 13, p. 124
2. FREUD, Sigmund. *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1.979. Tomo 13, p. 144.
3. FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1.979. Tomo 21, p. 101

Bibliografía

1. FREUD, Sigmund. *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1.979.
2. FREUD, Sigmund. *Moisés y la religión monoteísta*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1.979.
3. FREUD, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1.979.

